—Te juro que lo ha hecho todo la casualidad... Yo no la buscaba... Se encontró ante mí, de improviso, en la calle de la Bolsa... Manuela iba á la pastelería... Bajaba del carruaje... Yo podría haber seguido, ¿verdad? Ella no me habría obligado á seguirla... Pero cuando la vi, lo olvidé todo.

Ester pensaba: «¡Pobre padre! Cree en la casualidad de su encuentro con esa perdida. Cree que si él no se hubiera acercado, ella no lo habría hecho... ¡Lo cree todo! ¿Qué no le hará creer ella? Bien me lo dijo: «¡Un hombre está tanto más enamorado, cuanto más peligro ó infamia hay para él en estarlo...» ¡De modo que cualquier día me pondrá á mí misma á merced de esa mujer! ¡Oh, eso no!»

Nuño continuaba:

—Tuvimos una explicación... Y, verdaderamente, hay bastante exageración en nuestros juicios sobre ella... Estábamos en el enervamiento de una situación muy en tensión... Pero vuelto á la calma, aprecio mejor las cosas... Te aseguro que todo se reduce á nada. Si tú consintieras en hablar con ella siquiera cinco minutos...

—¡Jamás!—exclamó Ester, cuyas centelleantes miradas intimidaron á Nuño.

—Pero si ella llegara á convencerte...

—¿De qué? ¿De que no es una intrigante? Usted mismo me lo ha dicho.

—Yo estaba arrebatado por la cólera, como lo estás tú en este momento. ¡Ah, Dios mío! ¡Qué desconsolador es no poder llegar á conciliar á las gentes á quienes se ama!

—¡Papá, reflexione usted nada más un segundo en la enorme inmoralidad de sus quejas!

—¡Oh! ¡No eres complaciente!

—¡Lo he sido demasiado! Pero se ha concluído: no quiero serlo más. Haga usted lo que quiera, papá; usted no tiene que dar cuentas ni á mí ni á nadie. Pero no me pida que lo apruebe, que lo cubra con mi presencia. Recuerde usted los términos del tratado que concluímos, no hace mucho tiempo, unos diez días: en su casa de usted, ó Manuela, ó yo. He aquí que vuelve Manuela. Todavía no está nada más que en la puerta. Pero mañana estará dentro de la casa. No veo, pues, sitio para mí en ésta.

—Te juro que Manuela no vendrá más á mi casa.

—He perdido por completo la confianza en usted, papá.

—¿Crees que quiero engañarte?—exclamó dolorosamente Selim.

—¡No! Estoy convencida de que es usted sincero en este momento. Pero mañana, cediendo á la influencia irresistible que le guía, cambiará usted, y no quiero exponerme á sus cambios.

—¡Cómo! ¿Aunque te dé mi palabra?

—No faltará usted á ella, papá, lo creo. Pero será usted tan desgraciado que yo misma le relevaré de ella... Y será preciso sufrir lo que me reconozco impotente para evitar.

Nuño dejó caer la cabeza en la mano, y quedó un instante abrumado. Comprendía lo justo que era el razonamiento de su hija; pero cuanto más justo era, más se sentía herido por él. ¡Qué severamente debía juzgarle Ester, para tratarle con esta descon-

fianza! ¡Y qué miseria no encontrar en el fondo de sí mismo: primero la energía de un hermoso arranque para exclamar: «¡Pues bien, tienes razón! ¡No la volveré á ver!», y después la firmeza para perseverar en su resolución. Pero bien sabía que esto era superior á sus fuerzas. ¿Qué contestar entonces á su hija?

—¿De modo—dijo muy sombrío—que quieres quedarte aquí sola?

—¡Sí, papá!

—¿Hasta cuándo?

—Mientras no me aburra.

—Pero eso es un plazo indefinido... ¡Eso puede ser toda la vida!

—No será toda la vida.

—Sea. No me reconozco el derecho de contrariar tu voluntad. Pero me aflijes cruelmente.

Ester no replicó. La respuesta era muy fácil.

Se acercó á Nuño, lo besó y dijo:

—Es usted muy bueno, papá.

Después salió, y hasta la partida de todos los habitantes del castillo, que fué al día siguiente, se mostró sonriente.

Por su parte, Nuño, muy preocupado, había llamado á la Srta. de Faverger y le había dado instrucciones muy precisas, la principal de las cuales era tenerlo al corriente del estado de ánimo de Ester. Llegó triste á París, aunque supiera que allí lo esperaba Manuela, y su primer cuidado fué contar á la joven el extraño capricho de su hija. La portuguesa lo escuchó pensativa; luego, como pensando en otra cosa, dijo:

—¿Y tu vecino de la Encomienda?—preguntó—¿Sabes qué es de él?

—Viaja, se me ha dicho, por Inglaterra, y su ausencia será larga.

—¡Ah!

Manuela hizo un gesto como para decir: «¡Entonces no lo entiendo!» Y cambió de conversación.